

La academia literaria en debate

Reseña sobre *Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar literatura?* de Jean-Marie Schaeffer

Jerónimo Ledesma

.....
Schaeffer, Jean-Marie (2013) *Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar literatura?* Trad. Laura Fóllica. Buenos Aires: FCE. 124 pp. ISBN: 978-950-557-969-3
.....



Una polémica atenuada

La marcada brevedad de un libro que lleva en la portada el enorme interrogante “¿Por qué y cómo estudiar literatura?” da que pensar. Libros breves sobre temas grandes suelen ser intervenciones discutidoras. (El “pequeña” que adjetiva la “ecología de los estudios literarios” recuerda esos títulos, como *Breve historia del mundo* o todas las *Pequeñas enciclopedias*, que prometen volcar el océano en un balde.) Desde ya, no es el único título discutidor de Schaeffer, ni el único que se presenta con fines programáticos y grandes promesas. Pero *El fin de la excepción humana* dedica muchas páginas a intentar satisfacer las suyas y las cuatrocientas de *El arte de la edad moderna*, que repasan “El arte y la filosofía desde el siglo xviii hasta nuestros días”, no se quedan atrás.¹ *Pequeña ecología*, que se apoya en la existencia de esos y otros notables y extensos títulos previos, es algo diferente. Es un opúsculo crítico, surgido de una conferencia de 2005, que se vale del estremecimiento que ocasionan los interrogantes mayores para presentar una serie de proposiciones polémicas (“modestas”, las llama Schaeffer aludiendo a Swift) en el contexto de la sedicente crisis global de las Humanidades² y la reforma del sistema científico-académico europeo. El propio Schaeffer así lo declara cuando en la “Advertencia” sostiene que ha buscado dos objetivos: desenmascarar la mala

.....
1. Para el lector que no ha leído nada de Schaeffer, recomendamos que comience por otro pequeño libro de factura argentina, *Arte, objetos, ficción, cuerpo*, editado y traducido por Ricardo Ibarlucía y publicado por Editorial Biblos en 2012. El tomo contiene cuatro ensayos sobre estética, que repasan temas que Schaeffer desarrolla *in extenso* en otros libros, y una útil presentación de Ibarlucía.

2. “Por Humanidades se entiende tradicionalmente el estudio de la filosofía combinada con el de la lengua y la literatura griega y latina” (32).

conciencia de las Humanidades y refutar el pesimismo cognitivo que parece condenarlas a un destino de mariposeos intrascendentes. En el capítulo II, aunque de manera fugaz, expresa el aspecto político de su intervención. Afirma que en la coyuntura de las transformaciones actuales del sistema científico-académico europeo es necesario “tomar posición sobre las implicaciones políticas” de la pregunta por “la naturaleza, los objetivos y las funciones de la investigación en el campo de las ciencias humanas” (37).

Sin embargo, este sesgo polémico y político del libro no se traduce claramente en su forma y sus argumentos. *Pequeña ecología* es una intervención muy civilizada, muy cortés, que atenúa sus aspectos más filosos. Hasta puede llevarnos a pensar que no se trata de una polémica en absoluto y que sólo discute –o se alinea– con sombras gloriosas (Heidegger, Gadamer, Wellek) desde el empíreo de la generalidad. Repetidos gestos de modestia, una mirada apolínea, una prosa cartesiana muy atenta al matiz y al deslinde riguroso, rasgos en general característicos de Schaeffer, diluyen lo intempestivo de esta intervención. El mismo esquema argumentativo del opúsculo, que pone lo estructural sobre lo coyuntural, modaliza la polémica al tiempo que la monta. Schaeffer dice no ver en la coyuntura más que una escena que permite apreciar mejor dilemas estructurales a los que las Humanidades se vienen enfrentando desde su nacimiento y “la única cosa verdaderamente nueva en el presente es que las transformaciones internacionales en la investigación, y la creación de un marco de referencia europeo para su organización y financiación, han sacado a la luz los problemas ante la opinión pública” (36). *Pequeña ecología* no haría más que aprovechar este momento propicio para razonar filosóficamente problemas de fondo. La coyuntura de la crisis y la reforma serviría de mero estribo para la aparición de la crítica filosófica.

En el contexto local de revitalización de la ciencia y rearticulación entre universidad y sociedad propiciado por las políticas públicas del kirchnerismo, escasean las reflexiones sostenidas sobre la naturaleza y función de los estudios literarios. El debate brilla por su ausencia. ¿Qué es, para qué sirve, cómo contribuye a la vida de un pueblo, o mejor, a la vida de este pueblo, el estudio de eso llamado “literatura” en instituciones académicas? No es habitual encarar estas preguntas fundamentales últimamente, a pesar de que la “patria” lo demanda. Y en este contexto llega a nosotros *Pequeña ecología*, un heraldo de esa Europa que busca acomodarse al colapso de su tradición institucional en Humanidades. Quizás este libro, que ya ha encontrado algunos lectores en nuestro país (revista *Luthor*, diario *El Litoral*)³, podría servir como piedra de toque para pensar en qué términos producir el debate en nuestro contexto. Con el objeto de hacerlo rendir en esta dirección, por las razones planteadas arriba, repasaremos con algún detalle su esquema argumentativo, subrayaremos e interrogaremos el modo de su polémica.

El dilema estatutario de los estudios literarios

El punto de partida de Schaeffer consiste en cuestionar el diagnóstico de una serie de “llorones” y “declinólogos” contemporáneos. En este mismo número de *Exlibris* Annick Louis, graduada de esta Facultad que trabaja en Francia, sugiere que en el conjunto de interlocutores imaginados por Schaeffer hay que incluir a Antoine Compagnon, Tzvetan Todorov e Yves Citton. El diagnóstico de estos críticos, siempre según Schaeffer, es que la literatura *in*

3. Mariano Vilar, “La ciudad y el campo”, en *Luthor* N° 15, <http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article76>. “Pequeña ecología de los estudios literarios”, en *Diario El Litoral*, 10 de abril de 2013, <http://www.ellitoral.com/index.php/diarios/2013/04/10/opinion/OPIN-02.html>.

toto estaría agonizando por el avance de los *mass media* en un mundo cada vez más hostil a la cultura. Como Diógenes el cínico, que refutó a los eleatas moviéndose, Schaeffer comienza la refutación de sus adversarios mostrándoles algo evidente: la cultura escrita no gozó nunca de tan buena salud como en la actualidad, aunque sus temas y maneras no se condigan, en cuanto al gusto, con los criterios normativos de los críticos.

Luego, recurriendo a líneas de análisis ya elaboradas en otras obras (*El arte moderno*, *La naissance de la littérature*) Schaeffer ofrece una fórmula correctiva de la hipótesis de la decadencia, a saber: lo que estaría decayendo en el siglo veintiuno no sería la literatura como práctica, que solo estaría transformándose, sino el modelo segregacionista de la Literatura (así, con ele mayúscula), esto es, el modelo de la autonomía de lo literario tal como lo concibieron e institucionalizaron los siglos diecinueve y veinte. Los estudios literarios, por su parte, que se gestaron con ese modelo, convirtiéndolo en hegemónico, naturalizándolo en tanto objeto y norma, venerándolo con ritos múltiples, estarían sufriendo actualmente por su incapacidad para adaptarse a nuevas condiciones de existencia y hacer el necesario duelo de su “tradicción erudita e institucional”. En síntesis, la Literatura habría muerto pero la institución que se fundó en ella se resistiría a aceptarlo y en lugar de pensar cómo transformarse, se mantendría aferrada al fantasma de su difunto objeto.

Este diagnóstico corregido le permite a Schaeffer reconocer una doble crisis de estos estudios en la lucha por la supervivencia. Crisis de legitimidad: ¿para qué sirven ahora si el objeto con que se gestaron está desapareciendo? Crisis epistemológica: la caída del objeto Literatura desacredita el valor cognitivo de los estudios literarios, en tanto pone al desnudo el carácter normado y normativo que revestía este mismo objeto y la función generadora de norma que cumplían los estudios que postulaban su existencia.

En este marco, el recurso a la conocida “metáfora ecológica” de *Tribus y territorios académicos*, que se plasma sorpresivamente en el título del libro, revela fines estratégicos. Ni su valor teórico-conceptual ni su eficacia descriptiva deben sobreestimarse. El recurso obedece menos a una pretensión de rigor que a la voluntad polémica de desenmascarar la mala conciencia de las Humanidades, tanto en su versión clásica como en sus relevos contemporáneos. Y es fácil comprender por qué. Si la investigación científica constituye, de acuerdo con la perspectiva de Schaeffer a través de Becher, “un territorio fuertemente interconectado y con gran densidad demográfica”, comparable a una ciudad, en el que se produce una competencia permanente y un control cruzado del conocimiento, en cambio, las ciencias humanas presentarían un territorio de tipo rural, fuertemente articulado con las tradiciones nacionales, donde predomina el aislamiento entre disciplinas (“cada disciplina construye su casita o su pequeño poblado, y trata de instalarse ahí, minimizando los contactos con las disciplinas situadas en los valles próximos”) y la segregación en el interior de cada una de ellas (“cada escuela delimita su propio nicho tratando de entrar lo menos posible en contacto con los otros, a no ser que deba defender su coto privado”). Ciertamente esta descripción se adecua dificultosamente a la realidad de la cultura humanística, como el mismo Schaeffer señala, y genera en el libro algunas inconsistencias, pero cumple con su propósito principal: postular que las estrategias de legitimación y preservación de las instituciones de Humanidades son solidarias con la dependencia de un modelo normativo de conocimiento y que estas estrategias conspiran contra el trabajo cognitivo intersubjetivo y las posibilidades de acumulación de saberes. La situación, en el caso puntual de los estudios literarios, se vería agravada por el hecho de que el objeto en el que estos pretenden fundarse, la Literatura, es “como mínimo discutible”, y que los objetos reales

que se esconden bajo esa dudosa categoría son muy heterogéneos y requieren métodos de investigación que también lo sean. De este modo Schaeffer abre el camino para desanudar en su argumentación el lazo que convierte las dos crisis de los estudios culturales, la de legitimación y la epistemológica, en una única crisis de todas las prácticas literarias.

El siguiente paso del esquema argumentativo es el más importante, sin dudas. Schaeffer formula la hipótesis sobre la que descansa toda la estructura argumental del libro. Se trata de una definición también doble de la función de los estudios literarios: “los estudios literarios tal como los conocemos y practicamos llenan *estatutariamente* dos funciones diferentes, ambas igual de legítimas y sin duda indispensables” (42). Una de estas funciones es la normatividad, función ligada a la transmisión de valores y la reproducción ideológica, la otra es la descripción, una función cognitiva y relacional. El problema para Schaeffer es cómo encontrar una salida a lo que llama el “dilema estatutario, que nos obliga a asegurar a la vez dos misiones que divergen fuertemente en sus presupuestos, objetivos, medios y resultados” (45).

Como ejemplo de respuesta errónea al problema, Schaeffer refiere *grosso modo* las corrientes críticas contemporáneas, que responderían sólo a la crisis de legitimidad de la práctica, y para colmo sin resolverla: los estudios coloniales, feministas, de género, culturales, todos enfoques críticos de la postautonomía, cambian los *corpora* de análisis, modifican el canon, dejan ver los mecanismos del modelo caduco (la Literatura), pero, acusa Schaeffer, se comportarían también ellos normativamente, imponiendo una norma alternativa. Los enfoques contemporáneos de la crítica padecerían de incapacidad para redefinirse con verdadera lucidez epistemológica, y no serían más que otros programas autorreferenciales, con limitaciones graves de orden cognitivo. En este punto, la invocación de la teoría literaria de Wellek y Warren como ejemplo de “el efecto nefasto de la confusión de ambas aproximaciones” puede parecer anacrónica o inconsistente. Pero tiene sentido, como gesto polémico, al correlacionarla con la crítica de los estudios literarios contemporáneos. Para Schaeffer los nuevos enfoques se valen de casi los mismos métodos de análisis del enfoque que rechazan: “una lectura crítica que combina *close reading* y la interpretación sintomática, a menudo en sus variantes deconstructivas o foucaultianas”. Y por lo tanto Wellek no diferiría tanto como parece de, pongamos por caso, Judith Butler o Jacques Derrida. He aquí una proposición polémica, central para este capítulo. La relectura de Wellek y Warren, además, le permite a Schaeffer separar su propio cuestionamiento del modelo Literatura de la forma en que lo cuestionarían las corrientes actuales: la confusión entre naturaleza y función de la literatura que detecta en el libro de 1949 no sería finalmente diversa, para Schaeffer, de la dinámica autorreferencial de los estudios contracanonicos del siglo veintiuno. En ambos casos la asignación de valor al objeto sería efecto de una posición ideológica normativista y la descripción del objeto estaría subordinada a criterios axiológicos subjetivos, que la investigación se encargaría meramente de desplegar. El objeto en ambos casos sería el pretexto para alegorizar un sistema de normas y principios ideológicos.

Es en este punto que Schaeffer inicia una reflexión en tres capítulos fuertemente interconectados (IV, V, VI) con el propósito de demostrar la posibilidad epistemológica de estudios descriptivos que pongan el énfasis en el conocimiento de los hechos, no en la transmisión de valores. La polémica se traslada al dominio de la argumentación filosófica, en que Schaeffer se mueve con mayor comodidad. Es el bloque más extenso del libro y no carece de interés, pero, a decir verdad, no parece avanzar demasiado en la resolución del dilema estatutario que formuló antes como eje de sus preocupaciones. En la reseña de la edición francesa del libro, Maingue-

neau subrayó que precisamente se introduce aquí otra discusión, la cual resulta poco productiva en el marco del libro, y cuestionó que un libro titulado “Ecología”, y por lo tanto orientado al análisis institucional, contrabandeara estos capítulos de hermenéutica y filosofía del lenguaje.⁴

En todo caso, este bloque filosófico, que habría sido agregado a la conferencia inicial para producir un texto de mayor alcance, le sirve a Schaeffer para discutir la *doxa* sobre el fenómeno de la descripción como acto de conocimiento y ofrecer argumentos orientados a demostrar que es posible no quedar atrapado por la función normativa, o, dicho de otro modo, que la descripción, teóricamente, es posible. Así, el capítulo cuarto eslabona una colección de refutaciones de las críticas más comunes contra las pretensiones de verdad del enfoque descriptivo, señalando que una defensa de ese enfoque no supone necesariamente un posicionamiento ingenuo. El capítulo siguiente sigue en la misma dirección, pero reparando en la especificidad epistémica de los objetos de los estudios literarios, que no serían “hechos brutos” sino “objetos intencionales”, requeridos de interpretación: por ello hace ingresar en su texto, en un “largo desvío”, el viejo debate acerca de la autorreferencialidad de la hermenéutica (el “círculo hermenéutico”) y la naturaleza de la comprensión y los hechos intencionales. El resultado no es más que la reafirmación de que “no existe una objeción decisiva contra el proyecto descriptivo de los hechos literarios” y que “la comprensión no se opone ni a la descripción ni a la explicación” (82). El capítulo seis, finalmente, se zambulle en una discusión de semántica filosófica todavía más básica, a saber: la naturaleza de la relación entre intencionalidad y texto, con el objeto de levantar las objeciones de subjetivismo y relativismo que pesan sobre la descripción literaria. Schaeffer impugna cualquier reducción del texto al acto de lectura en tanto operación de un sujeto y propone una *tertia via*: la significación es producto de la actividad hermenéutica que supone tanto la *intentio auctoris* como la *intentio lectoris*. Queda claro, al reparar en los resultados de cada capítulo y del bloque en general, que la extensión y el nivel de detalle corresponden a la voluntad de atacar el pesimismo cognitivo de las Humanidades y a la familiaridad de Schaeffer con este modo de reflexión.

Del análisis teórico a la proposición política

Deliberadamente omití hasta aquí los comentarios sobre la problemática de la enseñanza de la literatura que contiene el libro, los cuales, para el reseñista de *Luthor*, por ejemplo, constituyen “el tema más intrascendente del libro”.⁵ Y ciertamente, por el modo de insertarlos y valorarlos, el propio Schaeffer parece compartir el juicio de Mariano Vilar. Pero si por mi parte los omití es solo para realzarlos ahora, luego de la reconstrucción de los argumentos más valorados por el propio Schaeffer, porque entiendo que brindan, en correlación con la hipótesis del doble estatuto de los estudios literarios, una clave de comprensión de *Pequeña ecología* y, en especial, de su posicionamiento político. Una clave tal vez no representada como tal por la *intentio auctoris* pero no por eso menos estructural y reveladora.

4. “...entre la page 49 et la page 104 (c'est-à-dire presque la moitié de l'ouvrage) on a l'impression qu'une nouvelle problématique s'est intercalée, une discussion très classique sur la possibilité d'une attitude descriptive en littérature, qui nous renvoie au couple compréhension/explication hérité de l'herméneutique du XIXe siècle. Cette discussion est intéressante, mais elle nuit à la cohérence du livre et elle en affaiblit la portée. Elle aurait en effet pu être menée indépendamment des études littéraires, sur l'ensemble des sciences humaines et sociales, et elle est largement indépendante de la crise dans laquelle sont plongées aujourd'hui les études littéraires.” Dominique Maingueneau, «À quoi servent les études littéraires?», *La Vie des idées*, 14 juillet 2011, <http://www.laviedesidees.fr/A-quoi-servent-les-etudes.html>.

5. M. Vilar, cit.

El tema de la enseñanza aparece en el libro siempre de la mano de la crítica del normativismo y se restringe casi por completo a la enseñanza secundaria. La ambivalencia de la frase “estudios literarios”, que pretende recubrir tanto la enseñanza de la literatura como la investigación, se carga con este gesto de toda su dilematicidad, y acaba transformada en un término bifronte y hasta contradictorio. “Estudios literarios” significa tanto el estudiar literatura en la escuela secundaria como el investigar literatura en un proyecto científico-académico. Es probable que esto sea estratégico, y que tenga el objetivo de traducir el dilema estatutario de la disciplina según Schaeffer en una tensión semántica, pero en todo caso es una estrategia y no una meta explícita. Y en la medida en que su idea de enseñanza en la escuela es contraria al uso de la teoría y el análisis en ese nivel, la tensión semántica asume características dramáticas. Ya en el segundo capítulo, mediante una digresión, Schaeffer interviene en el debate acerca de qué debe ser enseñado bajo el nombre de literatura. Subsume allí la literatura en la escritura (“Desde este punto de vista, la literatura no es, en realidad, más que un subconjunto particularmente visible de un campo mayor, el de la escritura”) y aboga por darle a las prácticas de escritura en el contexto escolar más importancia de la que hoy tienen. En contra de una priorización de las actividades críticas y analíticas, cuyo paradigma es el análisis estructural del relato (método instrumentalizado por excelencia en las escuelas francesas), Schaeffer defiende una enseñanza centrada en el desarrollo de la facultad de comprensión que propicia el escribir. En el capítulo tres, luego, eleva el grado de audacia de su opinar cuando lisa y llanamente identifica la tarea de transmisión de valores estéticos y culturales, que reconoce indispensable, con la “enseñanza”. En este sentido, aunque no lo diga, las actividades llamadas de “extensión” y “divulgación” serían variantes del paradigma normativo de la enseñanza. Insiste Schaeffer en que debe honrarse la tarea normativa, pero exige que no se la confunda con la tarea del conocimiento, a la que identifica exclusivamente con la investigación, y le da prioridad. De ese modo confina estos dominios a sedes diversas. “No se trata pues de negar la propia legitimidad de la misión social de la enseñanza de los hechos literarios, como ideal cultural deseable, pero es importante no confundir tal misión con el estudio descriptivo de las realidades literarias, de las que ‘la Literatura’ y los diferentes contracánones que se le oponen sólo constituyen uno de sus aspectos” (44).

Luego de eso, la enseñanza desaparece completamente del libro hasta el capítulo final. Pero allí retorna, y con toda su fuerza, en la primera de las “modestas proposiciones”. De hecho, la mitad de ese capítulo concluyente está dedicada a proponer un programa de educación literaria centrado en la escritura y la lectura como variantes de una misma experiencia de comprensión, postergando el desarrollo de capacidades analíticas, ya que “sólo una activación de la literatura como modo de acceso propio al mundo puede garantizar que la transmisión literaria sea algo diferente de un saber muerto” (114). A este programa emocionalista, fundado en saberes de la psicología cognitiva y la filosofía de la mente, Schaeffer lleva aguas de su molino, ya que lo hace depender de la importancia de la ficción como experiencia individual, según argumentos desarrollados en *¿Por qué la ficción?* y otros textos.⁶ Y como en este campo de las experiencias de lectura no vale la conservación de cánones ahistóricos, incluso aquí, propone Schaeffer, el desarrollo de estudios descriptivos puede asegurar mejor las funciones formadoras de la enseñanza.

De aceptar esta perspectiva reduccionista acerca de la enseñanza, según la cual esos “estudios literarios” se limitan a la “transmisión de valores” en una tarea de autoafirmación de la identi-

6. El mencionado *Arte, objetos, ficción, cuerpo* incluye un esclarecedor artículo sobre el tema llamado “De la imaginación a la ficción”. Véase nota 1.

dad cultural, depende la respuesta de Schaeffer al “dilema estatutario” y a la doble crisis de las Humanidades en el contexto de reforma institucional del sistema científico-académico en Europa. Por supuesto, el autor admite las formas mixtas (normativo-descriptivas) en los estudios literarios, pero exige diferenciar funcionalmente docencia de investigación. En la docencia, la orientación descriptiva siempre se hallaría fatalmente mezclada con la normativa, pero en la investigación sería posible practicar una vía para salir del atolladero de la normatividad. Sería cuestión de hacer prevalecer la orientación descriptiva, incorporando a los estudios literarios una dimensión “metahermenéutica” por la cual también los mecanismos de producción de valor sean considerados parte del objeto de estudio. Schaeffer piensa fundamentalmente en una historiografía de la literatura que medite sobre los mecanismos de construcción de esa misma historia, que estudie, por ejemplo, la dinámica de construcción de los “cánones literarios”, los “filtros de selección” de aquello que se reconoce en determinado momento como literatura, atendiendo a lo que queda excluido. Desde ya, este es un punto extraño en el libro, puesto que se formulan propuestas para el futuro que ya son práctica en el presente: secciones enteras de los estudios literarios mundiales, como los estudios romanticistas anglosajones, vienen ensayando esto desde hace varias décadas y con un sistema no segregacionista de control, un énfasis puesto en lo descriptivo y una reflexión permanente sobre los protocolos de la crítica. Y si vamos a nuestra propia tradición, bastaría con leer la primera clase de Aníbal Ford en nuestra Facultad en su “Introducción a la literatura” de 1973 para encontrar exactamente las mismas proposiciones, aunque con un signo político bien diferente. Por ejemplo: “...el objeto de estudio, la literatura, no ha sido reconocido científicamente sino ideológicamente. No se ha estudiado la literatura sino una zona de la literatura, aquella que se ha institucionalizado como tal, sobre la base de criterios que nada tienen que ver con la literatura” (46).⁷ O, tomando una producción reciente, el monumental libro de Julio Schvartzman *Letras gauchas*, veríamos que allí todo lo que Schaeffer reclama de la investigación, pero no de la enseñanza, tiende a cumplirse. Es posible que no sea este el caso en Francia y que la lente nacional distorsione la observación del fenómeno o lleve a cargar las tintas de los argumentos.

Pero, como sea, Schaeffer propone ir “más allá”, y esa es la modesta proposición que representa su abierta toma de partido en la traducción del planteo teórico a una política concreta y coyuntural para los estudios literarios. Dice: “No sólo nos interesa distinguir las dos vías de los estudios literarios, sino incluso, en la medida de lo posible, disociarlas efectivamente en la práctica” (115). Subrayemos: no sólo “distinguir” en la teoría; también “disociar” en la práctica. La disociación evidentemente es la que promueve la reforma del sistema científico académico y el libro de Schaeffer se transforma en este punto en defensa o legitimación teórica de esa reforma organizativa y de financiación. En Francia, como señala él mismo, la reforma viene a eliminar los dos estatutos diferenciados de *homo academicus* tradicionales, las categorías de docente-investigador e investigador, subsumiéndolos en una única categoría, pero a la vez impulsa la diferenciación funcional de estas tareas, por medio del sistema de financiación por proyectos. Dicho de otro modo, en este esquema teórico-institucional, un mismo académico debería integrarse a una comunidad de reglas epistémicas compartidas

7. Aníbal Ford, *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2005. Sobre el contexto institucional de ese momento, desde la perspectiva de un testigo que es actualmente docente de nuestra facultad, puede consultarse Funes, Leonardo, “Teoría Literaria: una primavera interrumpida en los años setenta”, en: *Actas de las I Jornadas de la Crítica en la Argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. http://filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/actas_jornadas/cont/pdf/12Funes.pdf

en las que se trabaja *investigando en clave descriptiva*, acumulando colectivamente saberes sobre ciencias humanas (tal la ecología utópica que imagina el libro), y debe contribuir, asimismo, a la *transmisión* de esos saberes por medio de la enseñanza y la divulgación, ya que “la transmisión de saberes recientemente adquiridos es un factor indispensable para el progreso del conocimiento” (117). Esto supondría, concretamente, que por un lado se organicen, financien y evalúen proyectos de investigación, de acuerdo a parámetros de científicidad, y que por el otro se organicen y financien y evalúen las actividades “normativas”. Y los sujetos institucionales formados para ello participarían de ambos sistemas. Para Schaeffer, solo una memoria científica montada sobre los saberes precedentes, que tienda a la incrementación, y el abandono de los “nichos ecológicos demasiado confortables” y de “un habitat peligrosamente disperso” pueden dar un futuro a las ciencias humanas. Y la reforma actual, junto con la crisis denunciada por sus contemporáneos, lejos de ser el fin de las Humanidades, sería la oportunidad para su reinención.

Un debate posible

En función de lo expuesto, subrayemos cinco problemas que suscita el esquema argumentativo de Schaeffer tanto en sí mismo como inserto en campos polémicos:

1. La metáfora ecológica es útil para polemizar, porque saca a la luz algunos defectos del sistema académico actual, pero no parece tan apropiada en términos descriptivos. Por un lado, refleja distorsivamente las formas de agrupación de los investigadores, los modos de validación de los saberes, las formas de acumulación ya existentes en Humanidades. Y por el otro, proyecta sobre los modos de organización de la ciencia, en tanto los presenta como modelos, una apariencia de neutralidad y homogeneidad que es difícil encontrar en algún lado.
2. La distinción entre normatividad y descripción es de tipo ideal. Y por lo tanto, no parece apta para traducciones directas ni en el sentido descriptivo, donde predominan las formas mixtas, ni en el sentido institucional, donde lo político, lo social, lo económico y lo laboral son otras tantas dimensiones mutuamente irreductibles que deben ser consideradas en un contexto de discusión conceptual de reformas sistémicas.
3. Tampoco justifica esta distinción por sí sola un “ir más allá” en el sentido de promover la disociación en cuerpos institucionales argumentando que esto reflejaría y resolvería el dilema estatutario. Esta separación, a su vez, viene dada por un programa de reforma pre-existente, es un *datum* del contexto del libro, y en dicho contexto el programa de reforma tiene premisas diferentes de las que aporta *Pequeña ecología*.
4. Otro problema: la traducción de la distinción entre normatividad y descripción en otra distinción entre enseñanza e investigación. Primero, se homologan transmisión y enseñanza, como si la enseñanza no pudiera ser ella misma un escenario de generación de conocimientos. Schaeffer matiza, pero esos matices mantienen la afirmación general. Luego, se transforma la enseñanza en el paradigma de todo lo que no es investigación, lo cual elimina la singularidad de formas de intervención institucional que no encajan en un paradigma o en otro. Luego, queda fuera la pregunta por los protocolos de la enseñanza de nivel superior. Siguiendo la argumentación schaefferiana, ¿debería regirse por los mismos parámetros de la investigación? Finalmente, la asociación entre investigación, descripción y conocimiento no alcanza para resolver los problemas epistemológicos de la investigación en ciencias humanas.

5. El recurso a la posibilidad de que existan programas descriptivos de ningún modo salda el problema del valor, que en este esquema sigue siendo el abismo en el que todo se hunde. Basta con indicar que el descriptivismo es un valor central del escenario pluricultural contemporáneo para señalar el peso del problema. Ponerlo en cuarentena, ya sea en el recinto normativo de la enseñanza de escuela media, ya sea en el recinto epistemológico de la meta-hermenéutica, no lo resuelve.⁸

Solo estos cinco puntos ameritarían la escritura de otro “pequeño” libro que recoja, desarrolle e intente responderlos. Pero más que discutir cada uno de ellos, me interesa aquí, en función de contribuir al debate local, evaluar el propio método del libro. Reparemos en el libro como propuesta de configuración de debate y sopesemos el interés y la legitimidad de sus estrategias.

Juzgado en sus términos, deberíamos situar *Pequeña ecología* en el campo normativo. Originariamente una conferencia, el libro, como intentamos mostrar, no parece un aporte en el sentido de la descripción sino un trabajo polémico, de valoraciones fuertes, que toma sus datos de otros estudios preexistentes, incluyendo los propios, y que intenta imponer su visión política sobre el asunto de la reforma. La descripción efectiva es en el libro muy escasa, y por lo general se subordina a la demostración de las proposiciones polémicas. Y no obstante eso, *Pequeña ecología* no parece renunciar a la ambición de producir saber en la coyuntura de la reforma, lo cual es al menos un gesto vertiginoso.

Repárese en un detalle notable: la apuesta explícita por la generación de conocimientos acerca del tema parece confinada a las observaciones cognitivistas que sostienen las máximas sobre educación y, muy especialmente, al bloque filosófico sobre la posibilidad misma de la descripción, que recurre a la epistemología, la hermenéutica y la semántica filosófica como marcos teóricos. En esto, Schaeffer, el filósofo, tal vez ha sido traicionado por su identidad disciplinar y, si tal cosa fuera posible, por su propio proyecto, que se articula alrededor de la historia crítica de la estética. Incluso en la “descripción histórica” del surgimiento de los estudios literarios, Schaeffer se deja tentar por sus propios argumentos: su descripción opera como juicio implícito sobre la totalidad de la disciplina, cuando la pone al final de una desgraciada secuencia histórica (primero surge la ciencia, que logra instituir un protocolo de desarrollo transnacional, después la filosofía, que se ve fragmentada por los nacionalismos modernos, y finalmente los estudios literarios, que aspiran a diferenciarse de la filosofía, pero que se ven afectados por el mismo particularismo nacionalista de la filosofía). Lo que el libro de Schaeffer muestra con claridad en este punto es que los enfoques preferidos por el libro como productores de conocimientos, todos ellos de explícito cuño filosófico, muestran el déficit de esos mismos enfoques cuando se los aplica aisladamente a desentrañar el enor-

8. Además de los textos clásicos de Bourdieu sobre el capital cultural, cf. Vincent Jouve (ed.), *La Valeur littéraire en question*, Paris: Editions L'Improviste, février 2010; Jorge Warley, “Los alcances de la teoría y la crítica literaria contemporánea y el problema del valor”, en: *Actas de las I Jornadas de la Crítica en la Argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, http://filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/actas_jornadas/cont/pdf/6Warley.pdf; y AAVV, *Elementos de la teoría y el análisis literario: fundamentos y ejercicios*, Santa Rosa, Universidad Nacional de La Pampa, 2011; David Graebner, *Toward An Anthropological Theory of Value: The False Coin of Our Own Dreams*, New York: Palgrave, 2001, accesible online en <http://shawnslyton.com/open/iPAD/Book%20Anthropology%20Theory%20of%20Values.pdf>

me enigma del subtítulo. La “interdisciplina” schaefferiana se queda corta frente a su tema, como se ve en la falta de articulación entre el análisis sociológico de Becher y el análisis filosófico de los hermeneutas y filósofos del lenguaje, así como en la ausencia de consideraciones más específicas de teoría y metodología literaria. Eso por un lado. Por el otro, el texto de Schaeffer acaba asignando un valor nulo al análisis político de la coyuntura, a pesar de lo que declara en la Advertencia. En el esquema argumentativo el “por qué” del subtítulo se responde con el valor otorgado a la empresa del conocimiento (en el caso de la enseñanza, al conocimiento en tanto desarrollo de facultades psicológicas individuales; en el caso de la investigación, al conocimiento en tanto programa ilustrado de desarrollo de la especie humana a través de la acumulación de saberes). El “cómo” se responde con la diferencia postulada entre norma y descripción y la separación funcional y efectiva entre enseñanza e investigación. Pero en el enigma falta toda pregunta por la finalidad y la función. De incluir la pregunta “¿para qué?”, una clásica pregunta de los niños en la escuela, Schaeffer habría tenido que dar cuenta de la dimensión política que el libro minimiza. El “para qué” exige asumir una posición teórica y crítica frente a los fenómenos sociales de nuestra realidad actual.

Es posible que un libro como este parta de la consideración de que la reforma, iniciada en otra parte y por motivos que exceden al investigador, sea imparable, y que en este sentido lo más sabio es adoptar estrategias de supervivencia. Nuestro contexto es diferente, puesto que aun cuando se vincula, como toda actividad nacional, con condiciones mundiales de producción, y unos mismos factores pesan en un lado y el otro, no registramos la misma tendencia al ajuste de los estudios en Humanidades que en Europa. Eso muestran, al menos, las cifras de inversión en educación e investigación en el área tanto en el sistema Universitario Nacional como en el Conicet de la última década. Y esto en un país y una región que apuestan explícitamente por la inversión en formación superior para el desarrollo de sectores productivos. Precisamente, este es el punto: por razones políticas, en nuestro contexto hoy se atribuye valor a la producción de conocimiento crítico acerca de la cultura, la sociedad y la ideología. Sin duda, también operan los mecanismos institucionales de autolegitimación que Schaeffer impugna, la defensa de los intereses creados en cada área. Pero entiendo que no está aquí el corazón de nuestro contexto sino en el convencimiento de que la investigación y la enseñanza en estos campos, como también la intervención cultural en sus diversos modos, poseen una función crítica, no meramente cognitiva o científica.

Más arriba cité una clase de 1973 de Aníbal Ford con el objeto de mostrar un argumento similar al de Schaeffer sobre la necesidad de abordar la constitución del objeto literario con lucidez epistemológica, pero también para poner en evidencia que en ese contexto, en plena batalla por el sentido, esa apuesta tenía un signo político de corte revolucionario. Ford participaba de un colectivo cuyo objeto era “hacer una nueva lectura de la cultura del peronismo, donde ingresó nada menos que el voto de la mujer, refutar la metáfora gorila del ‘aluvión zoológico’ y defender o respetar la cultura del ‘cabecita negra’, fuera de todo nativismo, y recuperar la cultura de la ciudad postinmigratoria tan criticada por los defensores de una Argentina metafísica e hispánica...”⁹ Nuestro contexto no es el de Ford, aunque persistan importantes trazas de esa guerra y ese contexto. De hecho, las propuestas de Ford podrían considerarse adoptadas por desarrollos teóricos, críticos e institucionales posteriores, todo lo que ha ocurrido entre aquellos años y la actualidad en materia de nuevas líneas de abordaje de la literatura e interrelaciones entre estudios literarios y ciencias sociales. Es más, en nuestro contexto buena parte de los

.....
9. Op. cit., p. 17.

propósitos políticos de Ford han pasado a ser parte de políticas oficialistas sobre la cultura. El desafío, pues, no parece residir tanto en realizar acciones para instalar ese enfoque como en repensar sus bases conceptuales y metodológicas, en vistas de una sociedad que apuesta por la generación de conocimientos críticos acerca de sí misma.

Si revisamos qué se está produciendo aquí en materia de reflexión sobre la naturaleza y función de los estudios literarios académicos, encontraremos aportes dispersos, y generalmente en revistas y medios periodísticos, no en escenarios de producción universitaria. Un ejercicio elocuente es revisar, por ejemplo, el programa de los Congresos bienales de la carrera, en el que participan más de 600 investigadores, docentes y estudiantes de todo el país y del extranjero. Es imposible no sorprenderse de que un congreso cuyo título es “Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística” casi no presente intervenciones que propongan debatir las condiciones de producción de los estudios literarios. Me atrevería a decir que, sacando los aportes de quienes estudian los “protocolos” de la crítica,¹⁰ el único que ha utilizado esas escenas institucionales para debatir y polemizar sobre la cuestión es Marcelo Topuzián.¹¹ Sus solitarias intervenciones en un congreso de estas características no hacen más que poner en evidencia la falta de debate sobre por qué, cómo y para qué desarrollamos estudios literarios. Aun cuando el libro de Schaeffer adolezca de los problemas que planteamos, o por eso mismo, ya que los problemas nos dejan ver lo que está ausente o lo que podría ser de otro modo, es una intervención oportuna para ir en esa dirección. Podemos concluir, a partir de su lectura, que para avanzar en un debate de esta naturaleza es preciso: 1. intentar describir y comparar los contextos diversos, institucionales, políticos y sociales, en los que situamos nuestras intervenciones; 2. retomar la lengua de la teoría, aun cuando sea incierta, temblequeante y utópica; y 3. dialogar con aquellos que aquí y allá se animan y animaron a poner de cabeza los fundamentos de su práctica. De esto Schaeffer opina bellamente en su Advertencia: “Si admitimos que, en efecto, lo que llamamos ‘literatura’, aquí y hoy, constituye, bajo otras figuras, una importante realidad de la vida de *todos* los hombres, de *todas* las sociedades humanas, entonces el destino de los estudios literarios es de suma importancia para el conjunto del campo de las ciencias humanas y sociales; y una mejor comprensión de los hechos literarios contribuye justamente al conocimiento de lo que somos y de lo que podemos ser” (11).

10. En el congreso de 2010, por ejemplo, Juan Pablo Parchuc, “Debates de la teoría y la crítica sobre la legalidad en la literatura argentina”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Letras, “Transformaciones Culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística en el Bicentenario”*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012, pp. 1155-1160, online en <http://cil.filo.uba.ar/actas2010>.

11. Marcelo Topuzian, “Sobre las condiciones para volver a preguntar ‘¿qué es la literatura?’”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Letras, “Transformaciones Culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística en el Bicentenario”*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012, pp. 1528-1535, online en <http://cil.filo.uba.ar/actas2010>. En 2012 retomó el debate con “una interrogación teórica radical sobre el estatuto contemporáneo de lo literario que los estudios literarios académicos todavía se resisten a enfrentar”.

Jerónimo Ledesma

Graduado en Letras de la UBA, docente de Literatura del Siglo XIX y actual Secretario Académico de la carrera. Se ha especializado en estudios del romanticismo inglés del siglo diecinueve. Ha escrito también sobre temas de historia literaria argentina.